



Catedral de Mérida a principios del siglo XX. Foto: Archivo Histórico

# Julio César Salas: La pasión de investigar

Camilo Morón\*

*“Es preferible en todo momento sufrir por la verdad, antes que hacer sufrir a la verdad con el silencio... El grito de alarma es sagrado; someterse y callar no es sólo debilidad, sino delito público”*

Julio César Salas

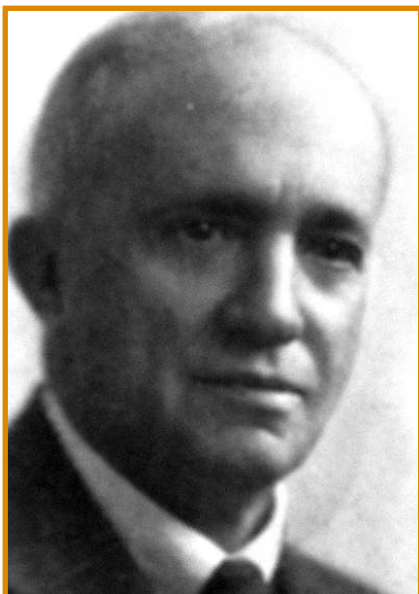
Con el paso del tiempo la silueta espiritual, el trazo intelectual de Julio César Salas se agigantan, se prolongan cual criaturas nacidas del pincel del Greco, cual las sombras al paso mortuorio del Sol hacia su ocaso. No deja de ser curioso y enérgico reclamo de atención que la obra de Salas sea más conocida hoy que, digamos, hace veinte años o, puestos al caso, por la generación misma de sus contemporáneos. Destaquemos que entonces como ahora, no se trata de un público significativamente numeroso.

Positivista como el falconiano Pedro Manuel Arcaya o el larense Lisandro Alvarado con quienes sostuvo abundante y honda correspondencia, el merideño Julio César Salas rehuyó el brillo de los cargos públicos y, discretamente, en el corazón de la cordillera andina, se dio a la investigación histórica y etnológica en silencio, sin algarazas, como si fuese un callado viajero que camina quedo por temor a las avalanchas.

Salas publica la primera edición de *Tierra Firme (Venezuela y Colombia) Estudios sobre Etnología e Historia* en su propia imprenta (Tipografía Paz y Progreso) en 1908; los talleres de la imprenta estaban en la hacienda Agua Caliente, cercana a la entonces rural población de Ejido, allí editaba su periódico *Paz y Trabajo*, mucho antes que los funcionarios y adulantes del gomecismo utilizaran tal lema, como atinadamente hace notar José Nucete Sardí en el Prólogo que Pedro Rincón Gutiérrez el Rector Magnífico, como se le llamó le encomendase para la

edición de *Tierra Firme* que la Universidad de Los Andes realizara en 1971. De este Prólogo, abundante en noticias, entresacamos estas líneas que nos pintan el retrato espiritual de Julio César Salas: “Viajó con frecuencia a Europa y Estados Unidos. Algunas veces como invitado a título personal asistió a varios Congresos de Americanistas. No desempeñó cargos públicos y, en ocasiones, fue mal mirado por la dictadura del General J. V. Gómez. En 1924, su colega como etnógrafo e historiador, Dr. Pedro Manuel Arcaya, por entonces Ministro de Relaciones Interiores, se empeñó valientemente con la dictadura con el fin de que Salas fuera el representante científico de Venezuela en el Congreso de Americanistas que debía reunirse en La Haya y en Göttingen.”

Se supone que el Dr. Arcaya encontró dificultades, entre ellas, las del propio Salas que deseaba asistir a dicho Congreso, como asistió a otros, a título personal. Fue la única vez que representó a Venezuela oficialmente en una reunión científica, naturalmente alejada de la política”. Incluso ante los requerimientos de la amistad científicamente fundada, opone Salas la integridad básica de sus convicciones. Y no vaya a creerse que la relación de Salas con sus colegas investigadores fue miel sobre hojuelas; *au contraire*, de la correspondencia que como ya apuntásemos sostuvo con Arcaya, por



Julio César Salas. Foto Archivo Biblioteca Tulio Febres Cordero

entonces radicado en Coro, y Alvarado, brevemente detenido su sabio deambular en pequeñas poblaciones de los Llanos venezolanos, se colige un espíritu ardiente, que defiende sus opiniones con natural entusiasmo, incluso cabría apuntar que en demasía...

Entre sus papeles se encontraron estas líneas escritas en Nueva York el 2 de noviembre de 1928, cinco años antes de su muerte: “Nací el 11 de enero de 1870 en la ciudad de Mérida, en la cordillera de los Andes de Venezuela; hijo legítimo del notable médico y literato Dr. Federico Salas Roo y de Adelaida Uzcátegui, llevo apellido de vinculación histórica de las épocas Colonial y de la Independencia de la provincia de Mérida del poder español, de la que mi abuelo Rafael Salas fue factor importante”. Y más adelante declara: “Apenas supe leer, los libros fueron mi pasión favorita; la variada y rica biblioteca de mi padre ofrecióme ancho campo y recuerdo haber leído libros de viajes, de literatura e historia natural, en una edad en que otros muchachos apenas hojean cuentos infantiles. Hice estudios formales en la Universidad de Mérida, seguí la carrera de Jurisprudencia con las más altas calificaciones en todos los cursos y obtuve el grado de Doctor en 1893; incorporado al Colegio de Abogados fuí recibido como tal y se me expidió el título correspondiente el mismo año por la Corte Suprema de Justicia del Estado. En ejercicio de la profesión hice varias publicaciones, dicté conferencias y colaboré en varios periódicos nacionales”.

En el temprano ejercicio de su profesión, al defender cierta causa de la que no tenemos mayores noticias, fue llevado a las bóvedas de la Guaira durante el régimen del General Cipriano Castro. Con cierta acritud escribe Salas al recordar este incidente: “Habiendo desistido de ejercer la carrera de abogado, que en ciertos países no significa ciencia sino intriga, me consagré por entero a los estudios sociológicos e históricos al mismo tiempo que cultivé la hacienda de mi padre y fundé por mi cuenta dos haciendas de café, cuyos productos me proporcionaron una situación independiente”. El no ejercer la abogacía no constituyó óbice para que se dedicase al estudio y la reflexión sobre el tema. Así, en 1911, con motivo del primer centenario de la Independencia, dicta una conferencia en la Universidad de Mérida que luego publica: Sobre la necesidad de adaptar la legislación de Venezuela al medio etnológico, ensayo en que hace gala de dos virtudes positivistas: espíritu crítico y respeto por los hechos o, cuanto menos, tal y como entendían estas virtudes los discípulos de Comte, James y Spencer.

En 1912, dicta la Cátedra de Economía Política en la Universidad de Mérida y funda la Cátedra de Sociología, cuyos cursos fueron publicados en la *Revue Americaine* que editaban en París los hermanos García; “la buena acogida del público y la petición de los estudiantes –anota Salas en el texto que venimos citando– me hizo coleccionar y dar a la estampa algunas conferencias en forma didáctica: *Lecciones de Sociología Aplicada a la América*, cartilla editada por la Sociedad de Publicaciones de Barcelona, España, y que aún se utiliza como texto en Venezuela”.

En la hacienda de Agua Caliente, fundó Salas una escuela de primeras letras para los trabajadores y los hijos de éstos que laboraban en sus haciendas y en las haciendas vecinas; en la primera década del siglo XX, Salas procura mejorar las condiciones del jornalero de sus propios fundos y los que administraba. “Como órgano de mi explotación agrícola destaca, publiqué en una pequeña tipografía, adjunta a la hacienda Agua Caliente, la hoja periódica titulada *Paz y Trabajo*, de circulación gratis y con artículos variados de Agricultura, Comercio, Industrias y aun de Economía Política y de Historia Regional, en que aprovechando multitud de documentos inéditos de los Archivos de Mérida, empecé la publicación de la *Historia de la conquista y la población de Mérida y otras ciudades de*

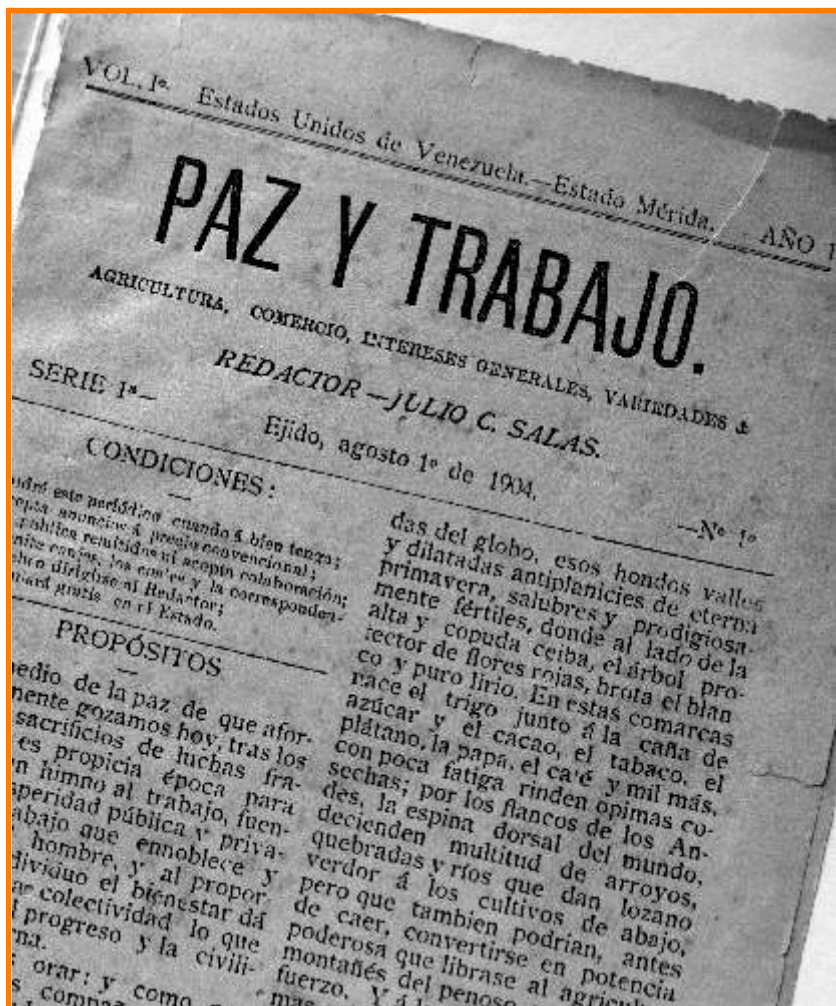
Venezuela. Fue Salas colaborador de varios periódicos y revistas científicas en Venezuela y en otros países; nos dice P. N. Tablante Garrido en su estudio *Periodismo merideño. Paz y Trabajo de Julio Cesar Salas*: “Entre el 1o. de agosto de 1904 y el 24 de octubre de 1908, salieron cuarenta números de *Paz y Trabajo*, publicación que fundó y redactó sabiamente Don Julio César Salas y con la cual Ejido, pueblo del Estado Mérida en donde se imprimía, obtuvo muchísima distinción en el periodismo, tanto en la República como en los países extranjeros...” En las columnas de esta publicación, Salas promovió la instalación de pequeñas industrias, reclamó el mejoramiento de los caminos para el comercio de los productos, divulgó cuestiones científicas y demostró su celo docente para con todos, ya se tratase de un hacendado acomodado, un modesto propietario o un humilde jornalero.

Cuando Salas publicó en 1919 la obra *Civilización y Barbarie. Estudios sociológicos americanos*, levantó las suspicacias de los censores del gomecismo; en el prefacio, Salas puso a manera de epígrafe unas líneas del polemista venezolano del siglo XIX, Juan Vicente González, en que el ilustre periodista se declara “tan incapaz de adular al poder de la multitud, como al de un hombre”. A buen entendedor, pocas palabras..., y más aún consideradas las coordenadas políticas y sociales de la Venezuela de entonces. Salas inicia su obra con esta sentencia: “El filósofo griego por excelencia, el divino Sócrates, legó a la Humanidad un bello aforismo, al asentar que el mejor homenaje tributado a la divinidad es ser útil a la sociedad en que se vive. He aquí la piadosa razón de este libro, contentivo de verdades que, por serlo, parecerán amargas a paladares estragados por la miel de la lisonja; pero así como la quina es remedio salvador de la terribles fiebres de nuestro trópico, cauterio poderoso es la

verdad para el mal social de estas Repúblicas, retardadas en su progreso por la falta de una obra sanitaria y benéfica; pues si urge secar los pantanos e higienizar los pueblos, debe destruirse también esta marisma infecciosa política que corroe y aniquila el organismo social, cubriéndolo de asquerosas llagas”. Antes de titular su obra *Civilización y Barbarie*, lema al que otros autores antes y después han recurrido, Salas había pensado nominarla *Repúblicas Retardadas*, auténtico cri de coeur de un ciudadano americano.

En 1917, Salas se radica con su familia en Caracas, allí publica a partir de 1919 *De Re Indica*, un total de seis números en los que colaboran Pedro M. Arcaya, Félix M. Beaujon, Lisandro Alvarado, Alfredo Jahn, Abelardo Gorrochotegui, José E. Machado, Luis R. Oramas, José I. Lares, José L. Andara, Samuel Darío Maldonado, Enrique Suárez Borges, Ernesto Sifontes, Cristian Witzke y otros que formaban la Sociedad Venezolana de Americanistas Estudios Libres; a pesar de su corta vida, *De Re Indica* sirvió de vínculo a varios historiadores y etnólogos de América y Europa, entre ellos Paul Rivet, Director del Museo del Hombre en París.

En el XXIII Congreso de Americanistas, celebrado en Nueva York en 1928, Julio César Salas anuncia la culminación de *Orígenes americanos*: “Como puede verse en la transcripción inglesa del discurso con que presenté mi obra acota Salas, ésta comprende actualmente diez y seis volúmenes, en que más de doscientas mil palabras de quinientos cinco idiomas y dialectos de toda América han sido colocados en riguroso orden alfabético y comparados con los correspondientes de cerca de seiscientos idiomas de Europa, Africa, Asia y Oceanía. Este trabajo no ejecutado hasta hoy, representa veinticinco años de labor constante, pero se puede considerar básico respecto a la prehistoria de América, pues se demuestra claramente la unidad de las Religiones y Lenguas del mundo, obteniéndose por comparación el valor semántico de las voces y raíces de cualquier idioma con



respecto a los factores sociológicos del mundo físico; asistiendo, podemos decirlo, al nacimiento de los Dioses, de las Religiones y del Habla y la Escritura que tienen la misma cuna. Sería de desear que un Instituto Científico se encargase de la publicación de este Diccionario comparado”.

La generosa y variada obra de Salas versa sobre agricultura y botánica, plantas medicinales americanas, plantas medicinales empleadas por los amerindios, religiones y cultos indígenas, etnografía americana, lenguas indígenas, fotografías de objetos arqueológicos y etnológicos, toponimia, viajes, economía, jurisprudencia, sociología, historia de la Conquista y la Independencia, literatura, “todo un mundo atinadamente anota José Nucete Sardi en el prólogo a la edición de *Tierra Firme* de 1971 que señala su curiosidad intelectual y científica, su capacidad de investigación y deseo de saber. Fue un laborioso incansable y apasionado”. Otros títulos publicados por Salas fueron: *Mérida* (1898), en coautoría con Marcial Hernández Salas, *Etnografía americana. Los indios Caribes* (1920-1921), *Estudios americanistas* (1934), *Etnografía de Venezuela. Estados Mérida, Trujillo, Táchira* (1956). Entre las obras inéditas que dejó Salas y están a la custodia de la Universidad de Los Andes, en sus Archivos en la ciudad de Mérida, mencionemos: *Etimologías americanas-Voces indias e indígenas de uso en el castellano que se habla en América*, en cuatro tomos; *Historia general de Venezuela, Límites de Venezuela con Colombia y el Brasil, Biografías de conquistadores, Historia de la Conquista y población de Mérida y otras ciudades de Venezuela, Los indios Mucus, Memorias; Orígenes americanos, diccionario comparado compuesto por diez y seis volúmenes, Reparos etimológicos al Diccionario de la Academia Española, Las religiones indias y el Cristianismo universal, Catálogo descriptivo de mi colección etnográfica*. La rica colección etnográfica de Salas fue donada por sus herederos al Museo de Ciencias de Caracas.

Quien escribe estas líneas que a una vez manan del corazón y del cerebro hace ya varios años que viene estudiando las manifestaciones rupestres que en Venezuela dejaron, como testimonio de su alma encarnada en piedra, sus primeros pobladores; éstas se levantan hoy en nuestros campos al resguardo de la memoria oral de nuestros campesinos; más específicamente de aquellos que cifran sus símbolos en las costas, las llanuras áridas y las verdes montañas del Estado Falcón; fue esta búsqueda la que nos llevó a la obra de Julio César Salas, pues fue en estos estudios un pionero, sirvan para ilustrar este aserto algunas líneas de *Tierra Firme*: “La Piedra Grabada de Colón (Estado Táchira) tiene cuatro metros de largo por dos de alto, afecta la figura de una silla y está cubierta de grabados por sus dos lados amplios; éstos consisten en figuras humanas e imágenes del Sol, trazos de manos y de pies no unidos a las figuras sino aislados, círculos concéntricos, puntos y extrañas figuras pegadas por el cuerpo que convencionalmente representan ranas en aptitud de saltar, semejantes en un todo a las que aparecen en las piedras de La Peña, Anacutá, Gámeza y sobre todo en la de Pandí en Colombia. Esta observación interesa se tenga en cuenta para el estudio de estos monumentos”. Salas establece correspondencias geográficas y signológicas que pudiesen ilustrar la génesis y el significado posible de las manifestaciones rupestres que reclamaron su estudio.

En estas investigaciones, que pareciesen sugerir las bucólicas salidas al campo o el silencio concentrado de los gabinetes de estudio, luce Salas el hacha de dos hojas de la polémica científica: “Para nosotros escribe parece indudable la mucha importancia que debe darse a estos antiguos monumentos, y no somos por consiguiente de la opinión del señor Vicente Restrepo en su obra *Los Chibchas*, quien por poco asienta que tales dibujos fueron hechos sin objeto y casi lo mismo que los vestigios que en las rocas dejan los hombres actuales. Esto me parece lo mismo que negar el problema para excusar su solución, en primer lugar prosigue Salas, implacable, es necesario tomar en cuenta la similitud de los dibujos para las tribus que profesaban idéntica o parecida teogonía; así pues cuando los Achaguas, Salivas, Chibchas, Panches y Motilones representaban el Sol y la Luna, sus dioses, por círculos concéntricos, algunas tribus del Orinoco y afluentes del Amazonas, que solo creían en el principio del Mal y del Bien, simbolizaban aquel en un tigre o en un caimán y en consecuencia pintaban estos animales o los grababan en piedras”.

La pasión venezolanista de Julio César Salas tomó cuerpo en sus investigaciones históricas, etnológicas, lingüísticas, en el compromiso social que asumió con los campesinos, en la pugna por el progreso y la tecnificación de las industrias, en su labor de docente y periodista. Quienes asumen estas luchas deben enfrentar las aguas empantanadas de la mediocridad, las sombras acechantes de las reputaciones consagradas y las nulidades engréidas, deben soportar el lento y sordo rechinar de la burocracia que no se cuida ni mucho ni poco de la pasión de investigar, y pueden hacer suyos aquellos versos de Antonio Arráiz:

“Aunque seas mala madre,  
estará adherido a ti, Venezuela,  
adherido de amor;  
y subirme sentiré, de ti, buena o mala,  
tu vida propia, como savia”.

Quienes, como Julio César Salas, asumen estas batallas deben, en fin, afrontar las muchas consecuencias de la verdad.

---

\*Lic. en Historia, Lic. en Educación, Mención Historia, Lic. en Letras, Mención Historia del Arte, Mg. Sc. en Etnología, Mención Etnohistoria.  
E- mail: camilomoron@hotmail.com